

Lucas 19:11-27

Sermón Lucas 19:11-27 Pentecostés 25 (Evangelio de Pentecostés 27) 1 Crónicas 29:10-13; 2 Tesalonicenses 2:13-35; Lucas 20:27-38.

Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues: « Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver. Llamó antes a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: “Negociad entre tanto que regreso”. Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron tras él una embajada, diciendo: “No queremos que este reine sobre nosotros”. »Aconteció que, al regresar él después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Se presentó el primero, diciendo: “Señor, tu mina ha ganado diez minas”. Él le dijo: “Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades”. Llegó otro, diciendo: “Señor, tu mina ha producido cinco minas”. También a este dijo: “Tú también sé sobre cinco ciudades”. »Se presentó otro, diciendo: “Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo, porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo que tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste”. Entonces él le dijo: “Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo soy hombre severo que tomo lo que no puse y siego lo que no sembré. ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco para que, al volver, lo hubiera recibido con los intereses?”. Y dijo a los que estaban presentes: “Quitadle la mina y dadla al que tiene las diez minas”. Ellos le dijeron: “Señor, tiene diez minas”. “Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y decapitadlos delante de mí”». (Lucas 19.11–27)

Nos acercamos al final del año de la iglesia. Desde la antigüedad la iglesia ha tenido la costumbre valiosa de reflexionar sobre el fin del mundo, la segunda venida de Cristo, y el juicio final en estas fechas. Sabemos que en ese día, toda la humanidad será dividida en dos clases, como Jesús lo indica en Mateo 25:46: “Irán estos al castigo eterno y los justos a la vida eterna”.

Obviamente, nos conviene saber cuál grupo es cuál, y saber más acerca de ese día y lo que sucederá entonces. Nuestro pasaje de hoy, la parábola de las diez minas, en forma ilustrativa nos da un poco más información sobre ese día. Con este texto, podremos ver **El regreso del Rey para galardonar y castigar. I. En su gracia galardonará a los que usaron fielmente su tiempo de espera. II. Pero castigará a los que rehusaron servirlo en el tiempo de gracia.**

Jesús está en su último viaje a Jerusalén. Acaba de llegar a Jericó, que no queda muy lejos de Jerusalén. Allí ha hecho otro milagro espectacular, la sanación de un hombre ciego que se había dirigido a él con el título de “Hijo de David”. Se había hospedado en la casa de Zaqueo, un cobrador de impuestos, el cual mostró el fruto de su nueva fe en el Salvador prometiendo dar la mitad de sus bienes a los pobres y si había defraudado a alguien, pagarles cuatro veces más. El resultado es que había un sentido de anticipación por la entrada de Jesús en Jerusalén. ¿Tomaría ahora el reinado y establecería su reino en Jerusalén?

En reacción a esta situación y la confusión acerca del tiempo y la naturaleza de su reino, Jesús contó una parábola. “Prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente”.

Jesús comienza la parábola diciendo: “Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver”. El hombre noble por excelencia de que realmente habla la parábola es Jesús. Es el Hijo de David, el rey profetizado en el Antiguo Testamento. Al mismo tiempo es el Hijo de Dios, él que es Dios y hombre en una sola persona.

La situación de un hombre haciendo un largo viaje para recibir el nombramiento como rey era conocido en ese tiempo y esa parte del mundo. Herodes había viajado a Roma para ser nombrado rey. Su hijo Arquelao viajó con el mismo fin, pero como en la parábola, una embajada de opositores que lo siguió logró que sólo fuera nombrado tetrarca. Pero el detalle de un viaje a un país lejano sirve uno de los propósitos de Jesús en contar la parábola. El reino no sería instaurado en su gloria y presencia visible inmediatamente, sino sólo después de un período de ausencia.

Asimismo, este viaje a Jerusalén de Jesús no sería el comienzo de un glorioso reinado terrenal en Jerusalén. Más bien, a través

de su muerte, resurrección y ascensión, Jesús iría a su Padre. Allí sería coronado rey, y después del tiempo fijado, volvería para ejercer en toda su gloria su reinado.

En vista de la demora en su llegada, el noble llamó a diez siervos suyos, y les dio un encargo mientras él todavía no regresaba. “Llamó antes a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: ‘Negociad entre tanto que regreso’.

Notamos que es algo que Jesús entrega a sus siervos, a sus creyentes. Notamos también que cada uno de los siervos en la parábola recibe la misma cantidad; cada uno de los diez recibe una mina. Ésta es la diferencia entre esta parábola y la de los talentos que se cuenta en Mateo. Allí trata de los diferentes dones que los creyentes reciben. Aquí es un tesoro que cada creyente recibe por igual. No puede ser otra cosa que el único tesoro de la iglesia, como Lutero lo expresó en su Tesis número 62 de las 95 tesis: “El verdadero tesoro de la iglesia es el santísimo evangelio de la gloria y la gracia de Dios”. Este tesoro, el mensaje de que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, es lo que cada cristiano tiene para “negociar”, para usarlo para traer beneficio al Rey y su reino durante el tiempo que nos queda en esta tierra.

Notamos que no recibimos este tesoro por algún mérito nuestro. El noble simplemente entrega las minas a los diez siervos en la parábola. Y nosotros, sin ningún mérito de nuestra parte, hemos recibido el evangelio para nuestra propia apropiación por la fe. Nos vino el mensaje cuando nosotros mismos estábamos muertos en delitos y pecados, condenados a la muerte eterna. Pero porque Cristo mismo tomó nuestro pecado y castigo sobre él y pagó toda la deuda, hemos llegado a ser, por la fe en él, sus siervos, y hemos recibido el privilegio de servirlo en su reinado de gracia, transmitiendo el mismo mensaje que ha salvado a nosotros a otros.

“Negociad entre tanto que regreso”, dijo el amo a sus siervos en la parábola. ¿Pero qué significará “negociar” con el evangelio en el tiempo en que Jesús no está visiblemente presente con nosotros? Sencillamente quiere decir usarlo para nuestro beneficio y el de los demás alrededor de nosotros. Es participar en la obra de proclamar el evangelio al mundo, de hacer discípulos a todas las naciones. Usamos con provecho el tesoro del evangelio que ha sido confiado a nosotros cuando

compartimos con nuestros hijos y nuestros parientes lo que Jesús ha hecho por ellos con su muerte en la cruz, cuando les decimos que también sus pecados han sido pagados por Cristo en la cruz, y que por tanto, arrepintiéndose de sus pecados y acudiendo a Jesús con fe, ellos también compartirán la salvación que Cristo ha ganado para ellos. Lo usamos con provecho cuando con nuestras ofrendas apoyamos la predicación de la palabra y la administración de los sacramentos para que nosotros y otros podamos seguir creciendo en fe y buenas obras, incluyendo la de transmitir el evangelio a otros. Lo usamos cuando apoyamos la obra misionera que permite a otros ir a donde nosotros no podemos ir con el evangelio, para que aun personas lejanas puedan conocer a su Salvador y llegar a la fe en él.

En la parábola, Jesús habla del regreso del hombre noble después de recibir el oficio de rey. “Aconteció que, al regresar él después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno”.

El primer siervo en informar muestra que el tesoro había ganado diez veces más. “Se presentó el primero, diciendo: ‘Señor, tu mina ha ganado diez minas’.” Notamos, no atribuye nada a él mismo. Es la misma mina que el Señor había puesto a cargo de él que había producido esta ganancia estupenda. Así es que aun cuando usamos fielmente el evangelio, cuando lo compartimos con otros, todo el fruto lo atribuimos al evangelio, porque sabemos que el evangelio en sí es poder de Dios para salvación para todo aquel que cree. Otro siervo puede informar: “Señor, tu mina ha producido cinco minas”. También allí había mucho fruto bueno. Había usado fielmente lo que el amo había entregado a su cuidado para que lo administrara en beneficio del rey.

Pero miremos lo que es el resultado final de este fiel servicio, del uso fiel del evangelio que el Señor ha entregado a su iglesia y a cada uno de nosotros. Al primero el rey dice: “Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades”. En lo poco has sido fiel. Había recibido una mina, con valor de un salario de 100 días de trabajo, y ahora su amo y rey le galardona con el gobierno de diez ciudades. Y eso que sólo había administrado fielmente lo que el amo dio a su cuidado. Sólo había hecho su deber. ¡Y ahora este premio sumamente generoso! Y el cuya mina había

ganado cinco más también recibe por la generosidad de su amo cinco ciudades para administrarlas.

Es lo que Cristo promete a sus fieles seguidores también en otros lugares. “Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3.21). Será por pura gracia, pero el Señor tiene grandes bendiciones eternas para los que han creído en él y le han servido como fruto de su fe en esta vida antes de la revelación final de su reino en su segunda venida.

¿Pero qué tal los que no han servido a Cristo? Su final será terrible. El Rey eterno castigará a los que rehusaron servirlo en el tiempo de gracia de esta vida presente.

Primero hay que considerar el caso de otro siervo del rey que fue presentado ante él en su venida. “Se presentó otro, diciendo: ‘Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo, porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo que tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste.’” ¿Se dan cuenta? Recibió el mismo tesoro y encargo que los demás de los siervos del amo. Pero no ha hecho nada en absoluto. Sólo escondió la moneda en un sudario. Y dice por qué. No había amor por el amo. En su corazón lo consideraba un tirano cruel que sólo quería aprovechar cualquier esfuerzo por sus siervos sin que él les diera ningún beneficio. Por eso el amo y ahora rey en la parábola dice: “Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo soy hombre severo que tomo lo que no puse y siego lo que no sembré. ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco para que, al volver, lo hubiera recibido con los intereses?”.

El paralelo es con los hipócritas, los que se llaman cristianos, y siervos del Señor. Pero no hay ningún amor por el Señor ni su evangelio en su corazón. Más bien que su misericordioso Salvador, sólo lo ven como un capataz duro y un juez implacable. No comparten el evangelio con otros porque no ha tocado su propio corazón. Y así en el juicio, como fue el caso con ese siervo infiel en la parábola, aun lo que tiene se le quitará. Ya inclusive la apariencia y el nombre de hijo de Dios se le quitará, y estará entre los condenados.

Pero todavía hay otro grupo mencionado en la parábola: los que nunca querían que ese noble reinara sobre ellos, los que habían enviado una embajada para tratar que impedir que fuera nombrado rey. De ellos el rey cuando regresa dice: “Y también a

aquellos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y decapitadlos delante de mí”. La imagen es terrible; da horror. Pero sólo es una fiel imagen de lo que realmente será pronunciado sobre todos, sean judíos o gentiles, que rechazan a Cristo como su Rey y Salvador. En Mateo 25 Jesús declara sobre los que puso a su izquierda: “»Entonces dirá también a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25.41), y finalmente: “Irán estos al castigo eterno” (v. 46).

¡Qué ninguno de nosotros jamás oiga estas palabras de nuestro Rey. Es un Rey generoso y misericordioso, que se deleita en tomarnos en su servicio, y luego en galardonarnos sólo por su gracia en la forma más generosa. Sirvámoslo ahora con alegría, usando el tesoro que nos ha encomendado, el santo evangelio del perdón de nuestros pecados por su sangre y sacrificio en la cruz, primero para dar consuelo y alegría a nuestro propio corazón, y luego también para compartirlo con todos los que estén a nuestro alcance, para que ellos también puedan convertirse en siervos de este Señor misericordioso y salvador, y así también recibir por la gracia de este Señor la salvación eterna y el privilegio de servirlo por los siglos de los siglos. Amén.